



Pablo Genovés

Reforzar los diques
2008 - 2019

Fernández-Braso
GALERÍA DE ARTE

Pablo Genovés

Reforzar los diques

2008-2019

Texto: José Manuel Sánchez Ron

23 de enero - 22 de marzo, 2025

Fernández-Braso
G A L E R I A D E A R T E



Pablo Genovés en su estudio. 2024. Fotografía: Laura Torrado

¿Visiones del futuro?

José Manuel Sánchez Ron

El arte, esa indefinible actividad –pintura, música, escultura, fotografía...– de los humanos, una tan extraña como maravillosa combinación de técnicas, y de sus bases científicas, con percepciones e idiosincrásicas personales del mundo, posee a veces la facultad de penetrar en el futuro, de adelantarse a lo que ha o puede venir. En alguna ocasión es incluso capaz de incorporar en su seno desarrollos que se producen en otros campos, el caso, por ejemplo, del cubismo. Para representar la realidad, los cubistas la distorsionaban aparentemente, porque pretendían mostrar en el bidimensional lienzo las diferentes perspectivas desde las que se podía observar un tridimensional objeto o persona. Era similar a lo que ocurría en la teoría especial de la relatividad, introducida por Albert Einstein en 1905, uno de cuyos dos principios –el otro es el de la constancia de la velocidad de la luz– proclama que las leyes de la física son independientes del sistema de referencia inercial (los que se mueven entre sí con velocidad constante) desde el que se observa. Si sustituimos “leyes” por “realidad” y “sistema de referencia” por “perspectiva”, se hace inmediata la analogía entre la teoría de la relatividad especial y el cubismo. El punto que quiero señalar es que ambas creaciones, científica una y artística la otra, fueron independientes, como si existiera un *Zeitgeist*, un “espíritu del tiempo” al que respondían, más justificable en el caso de la relatividad, al fin y al cabo heredera de

los problemas que había suscitado la unión de la mecánica de Isaac Newton con el electromagnetismo de James Clerk Maxwell, que en el cubismo. Y no cabe justificar semejante coincidencia temporal con la influencia de un campo sobre el otro porque, de hecho, los orígenes del movimiento cubista se encuentran en 1907, cuando pocos –y desde luego solo físicos y algún matemático– habían oído hablar de la relatividad especial. Las obras de Braque y de Picasso, los Einstein del nuevo movimiento pictórico, no eran teóricas, su método creativo se basaba en la memoria visual. Lo que realmente deseaban los pintores cubistas era librarse de lo que consideraban convenciones estilísticas rigurosas; su problema era expresar la experiencia subjetiva del artista, y cómo trasladar esa experiencia al lienzo.

Las composiciones fotográficas de Pablo Genovés que se muestran en esa exposición me producen una sensación parecida a la de los cubistas adelantados de su tiempo, sólo que en un ámbito muy diferente. Las imágenes que ha creado reflejan sino un mundo futuro seguro, sí uno posible, o peor aún, probable. El mundo en el que el agua reclamará dominar la superficie terrestre. Como si se tratase del mítico “Diluvio universal”, solo que éste no se debería a ningún Dios imaginado, sino por nosotros, los humanos, torpes aprendices de dioses.

El agua, la cuna de la vida; recordemos que en ella, en los mares y océanos primitivos, se produjeron las reacciones químicas de las que surgieron asociaciones, moléculas orgánicas, que produjeron células, y de éstas, finalmente, formas de vida capaces de reproducirse, formas cada vez más complejas, algunas de las cuales, aventureras ansiosas de conocer medios diferentes, se atrevieron a abandonar su cuna ancestral y adentrarse en el sólido territorio que ya había sido colonizado por otras formas de vida, la vida vegetal. (Nosotros mismos somos en buena medida agua: en torno al setenta por ciento de nuestro cuerpo no es sino agua.) Aparecieron, en definitiva, especies mestizas, *anfibia*s, medio acuáticas medio terrestres, de las que mediante los azarosos, imprevisibles mecanismos de la evolución, del, Demócrito *dixit*, “azar” de imprevistas contingencias naturales y de “la necesidad” de obedecer a las leyes que rigen la naturaleza, que Charles Darwin desentrañó a mediados del siglo XIX, surgimos nosotros, los humanos, la especie *Homo sapiens*. Seres provistos de un cerebro, un “pequeño universo que llevamos dentro”, formado por, aproximadamente, noventa mil millones de neuronas, cada una de ellas capaz de relacionarse con alrededor de otras siete mil, lo que significa que pueden llegar a producirse unos seiscientos billones de “tráficos neuronales”. ¿Sorprenderá que del contenido de esa pequeña caja ósea puedan surgir obras de arte que conmueven nuestro espíritu, literatura que nos permite vivir vidas que nunca viviremos, o ciencia mediante la cual comprendemos algo de ese otro, éste el auténtico, universo del que formamos parte. Enseñanzas que nos liberan de mitos que atenazaron –y, ay, continúan atenazando– a miles de millones de personas, deseosas de escapar de lo que la ciencia ha terminado por deducir: que “polvo de estrellas somos y polvo cósmico seremos”.

El agua siempre estuvo ahí, esperando su oportunidad, o su venganza por ser constantemente emponzoñada, corrompida, malgastada, por los ataques que sufre, ella y la vida que alberga, vida que tan laboriosamente se creó en su seno. Sucede, sin embargo, que está comenzando a aprovecharse de las fuerzas que ha desencadenado el, en mi opinión, ya imparable cambio climático, fruto de nuestro

insaciable apetito por consumir, por viajar. Atrapada en uno de sus estados posibles, el de los hielos polares, y las nieves y glaciares de montañas cuya mera contemplación animaba nuestro espíritu y desafiaba esfuerzos por conquistarlas, el aumento de temperatura la está devolviendo a su estado líquido, alimentando así a mares y océanos, haciendo posible de esta manera que conquisten la tierra que le desafiaba. Hermoso y solitario Kilimanjaro, ¿en qué te has convertido?, ¿dónde ha ido a parar la mayor parte de la nívea corona que adornaba tu cumbre? Y no sólo es el agua liberada en el deshielo la que amenaza las tierras que habitamos, con las construcciones que hemos levantado, también lo hacen las descontroladas tempestades generadas por el cambio de las condiciones atmosféricas. Más aun, como si se tratara de un oxímoron climático, agua, tempestades, vientos conviven también con la aridez. No podía ser de otra forma: el aumento de temperaturas también manifestará ahí su poder, ya lo está haciendo. Humedad y aridez hermanadas. Un contraste que acaso se podría comparar con la creciente desigualdad económica que se está produciendo en el globalizado mundo actual: el abismo cada vez más pronunciado que separa a los más ricos (pocos) de los menesterosos y los pobres (muchos).

De ese pequeño universo que llevamos dentro, de la facultad de crear mundos imaginarios pero posibles, han surgido las composiciones fotográficas de Pablo Genovés, que se muestran en este catálogo con ocasión de su exposición en la Galería Fernández-Braso. Imaginados, sí, pero, insisto, posibles. Contemplarlas es como realizar un viaje en el tiempo, no al pasado, sino al futuro, a *un futuro posible*. Un viaje en el que se harían realidad los peores augurios que el tiempo venidero podría reservar no tanto a nuestro planeta, la Tierra, que sin duda resistirá, ya lo ha hecho innumerables veces a lo largo de sus 4.500 millones de años de existencia, sino a vida como la nuestra.

Si nos sumásemos a la idea de James Lovelock, que antropomorfizó a la Tierra bajo el nombre de “Gaia”, podríamos caracterizar su historia como una auténtica epopeya. Una epopeya que se inició agrupando, bajo la omnipresente fuerza gravitacional, polvo estelar, detritos de

la explosión de alguna supernova –eso es, en el fondo, el Sistema Solar, una especie de “basurero cósmico”–, y que dio origen a un globo de materia. En su infancia, la Tierra fue un planeta convulso, con una intensa actividad volcánica, en la que fueron frecuentes los impactos sobre su superficie de cuerpos como meteoritos o cometas, que circulaban entonces, caóticamente, por la zona que constituyó el Sistema Solar. Una actividad que fue disminuyendo en los entornos de los grandes planetas –Mercurio, Venus, la Tierra, Marte...– una vez que éstos fueron atrapando muchos de esos pequeños cuerpos cósmicos, aunque otros escaparon del yugo gravitacional, agazapándose en lugares como el cinturón de asteroides que existe entre Marte y Júpiter. Para darnos cuenta de lo que significó aquella época, en la que la Tierra pasó de la infancia a la juventud, basta recordar que la hipótesis más extendida sobre el origen de la Luna es la de que se trata de un trozo de la Tierra primigenia, desgajado cuando chocó contra ella un objeto de grandes dimensiones, del tamaño de Marte al que se ha bautizado con el nombre de Tea (o Theia). Nuestro hogar ancestral fue inicialmente un planeta cuya temperatura durante, aproximadamente, los primeros cien millones de años, era bastante alta, tanto como para que no pudiese formarse entonces agua; solo existía en forma de vapor, parte del cual se condensó cuando la temperatura disminuyó, convirtiéndose en agua propiamente dicha, aunque otra parte de agua pudo llegar de algunos de los objetos que impactaban contra la superficie de la Tierra, que también aportaron elementos que enriquecieron la composición de la superficie y de la atmósfera terrestre, entre ellos sustancias volátiles y orgánicas, como aminoácidos, los bloques que forman las proteínas. La primera atmósfera de la Tierra, que surgió como consecuencia de los procesos geodinámicos que tuvieron lugar en su interior y superficie, estuvo compuesta sobre todo por amoníaco (NH_3), metano (CH_4) e hidrógeno (H_2). Posteriormente, hace aproximadamente entre 4.400 y 3.800 millones de años, la atmósfera terrestre pasó a estar dominada por la presencia del dióxido y monóxido de carbono, que de manera creciente se fueron concentrando en los alrededores de las zonas volcánicas e hidrotermales. Aunque en la actualidad nos

horriza el aumento de dióxido de carbono en la atmósfera debido a la acción humana, que produce el denominado “efecto invernadero”, en los primeros tiempos terrestres la abundancia de este gas fue una bendición. La razón es que la luminosidad del Sol era por entonces un 30 por 100 menor; si la atmósfera de la Tierra hubiese tenido la composición actual, al recibir un 70 por 100 de la luminosidad solar toda la superficie terrestre habría estado helada.

El planeta Tierra, insisto, sobrevivirá; ¿qué pueden significar inundaciones, huracanes o terremotos para una esfera de 6.200 kilómetros de radio y una masa de $6 \cdot 10^{24}$ kilogramos? Pero probablemente desaparecerá un número incalculable de especies; de hecho, ya están desapareciendo, éstas debido a las acciones de los humanos sin necesidad de la acción del cambio climático. *Homo sapiens* sufrirá, pero también sobrevivirá –cuánto, no lo sabemos–, aunque muchos no podrán hacerlo. Nuestra capacidad de adaptarnos a diferentes medios geográficos y climáticos es extraordinaria, pero si las visiones de Pablo Genovés se hacen algún día realidad, sufrirán terribles devastaciones las sociedades que los humanos hemos construido tan lenta y penosamente, y dentro de ellas esos monumentos de los que nos enorgullecemos y que dan testimonio de lo mejor de nuestra historia. Catedrales, palacios, ciudades, bibliotecas con sus joyas bibliográficas, museos con cuadros que pensamos nunca desaparecerían. ¿Qué pasará con la enigmática “Gioconda” de Leonardo, con las “Meninas” de Velázquez, con la dulce “Joven de la perla” de Vermeer, con la “Noche estrellada” de van Gogh, y con tantas otras? Bien puede suceder que ni siquiera quede su memoria en alguna de esas “nubes” glotonas de datos, pues, al fin y al cabo, la existencia de éstas depende de servidores, y éstos no son, no serán inmunes a un futuro dantesco. Fukushima redivivo.

Tampoco debemos olvidar que estamos sujetos a lo que puede suceder en la estrella, el Sol, a la que debemos nuestra existencia, pues sin el calor y la luz que nos envía no podría existir vida, no desde luego la que ha florecido en la Tierra, sí acaso, tal vez, en

las profundidades de océanos cubiertos de espesas capas heladas, como creemos acaso suceda en Europa, una de las lunas de Júpiter. Una de las manifestaciones de la actividad solar es, recordemos, las erupciones de radiación electromagnética, fulguraciones que lanzan al espacio colosales llamaradas de energía. Para la civilización electro-digital que hemos construido y de la que tanto dependemos, esas erupciones, las de gran intensidad, las denominadas “tormentas solares”, representan un gran peligro. Un peligro que también recoge Pablo Genovés en una de sus composiciones, la titulada precisamente “Tormenta solar”, que en este caso no se limita a destruir sistemas informáticos y de comunicaciones sino que consume, quema, algo más valioso: parte de nuestro pasado cultural, esculturas y bibliotecas.

Las composiciones de Pablo Genovés muestran un mundo apocalíptico, uno de los peores futuros imaginables, peores pero no imposible. Un mundo en el que se contraponen las fuerzas desencadenadas de la naturaleza a las refinadas construcciones culturales. “Fuerza 5”, “Un jour de tempête” y “Heritage” recuerdan que cuando triunfan esas fuerzas, su victoria suele ser violenta, que no conoce la compasión. Tsunamis originados no por terremotos en fondos marinos, sino, en última instancia, por motores de combustión interna alimentados por hidrocarburos. En “Das Gericht” (“La corte”), vemos estatuas de jóvenes que miran, ¿sorprendidos?, como el agua, en la que flotan láminas de hielo, se apodera de un lugar que antes únicamente pisaron hombres y mujeres, que creían, ilusos ellos, que siempre sería igual. Jóvenes de mármol que no pueden impedir que los valiosos libros de los que fueron guardianes durante tanto tiempo, sean devorados, consumido su impotente pero frágil papel por el primordial líquido elemento. En “Chandelier” el agua se apodera del palacio, dispuesto ya a llegar a la fastuosa araña que otrora iluminó un salón colmado de elegantes y orgullosas personas. ¿Qué sabrá, qué le importará a la naturaleza la elegancia, siempre artificial, de los humanos, de *algunos* humanos, los que podían frecuentar tales lugares? Aunque tal vez, como en la composición “Ultraromanticismo”, el agua respetará la araña, para que su luz –pero ¿de dónde se alimentará esta?– ilumine el nuevo mundo. Vemos también un

“Palco” ya vacío, poblado por fantasmas del pasado que contemplan un espectáculo con el que nunca soñaron. Hasta a esos fantasmas les dolerá ver, como en “Cambios planetarios”, el cuadro que da sus últimos suspiros antes de ser devorado por el agua.

Océanos cubiertos por arquitecturas ya inútiles, por los que ninguna “Nave” ya navegará. Y es que toda representación tiene su final, aunque no imaginásemos uno como este. ¿Cómo será “La experiencia del abismo”. ¿Será como en “Towards the great unknown”, el agua que surca una bóveda semicilíndrica, dirigiéndose a algún lugar desconocido, como si se tratara de un nuevo tipo de “agujero negro”, de la tierra no del cosmos.

Y si la furia del agua llega a calmarse, ¿qué llegará? ¿La paz, el silencio, que sigue a la victoria, ésta del agua, como en “El eterno día” o en la “Reconquista de lo visible”? Tal vez, por alguna ignota razón, las aguas no llegarán a algunos lugares, a, como en “El encuentro”, salones, bibliotecas o habitaciones, que acabarán convirtiéndose, cenizas del ayer, en sucios jardines en los que terminó naciendo vida vegetal, la pionera de la vida terrestre.

Dije antes que *Homo sapiens* sobrevivirá, algunos de sus especímenes al menos, pero en el mundo imaginado por Pablo Genovés lo hará sobre estos escombros, como los de “Sucesión de utopías”. Y ¿serán esos supervivientes capaces, o estarán interesados en reconstruir la cultura del pasado, componer grandiosas sinfonías, delicadas aparentemente humildes sonatas, pintar cuadros que exijan más que contraponer una mano sobre la pared de una cueva, o crear iluminadoras teorías científicas?

Somos “Ángeles caídos”, esperando “El juicio final”. Un Armagedón entre la Humanidad y la Naturaleza.

Para mí, la obra de Pablo Genovés, de la que esta exposición constituye sólo una pequeña muestra, constituye un llamamiento desesperado que nos dice: “¡No sigáis, no sigamos, así! ¡Mirad lo que nos podría

esperar!”. Su llamamiento, su grito, me recuerda al de Edvard Munch trasladado a otro formato y a otros escenarios. Y también me viene a la mente el cuadro de Goya “El perro semihundido”, en el que veo a la humanidad de ese futuro posible, alzando la cabeza para sobrevivir malamente, en un territorio antaño amable pero que se ha convertido en hostil, en despiadado.

Uno de los motivos, sino el principal sí el más digno, por los que admiramos y honramos la (buena) literatura –la de, por ejemplo, Cervantes, Shakespeare o Dickens– es porque nos ayuda a comprender la verdadera naturaleza humana, con sus miserias y grandezas. Esta es una de las formas de arte que yo más respeto, aunque pueda admirar, incluso emocionarme con otros: ¿quién no siente palpar su corazón cuando escucha obras como la Novena sinfonía de Beethoven? Las composiciones de Pablo Genovés pertenecen a ese selecto universo artístico y cultural que ahonda en la naturaleza humana, en la faceta que se manifiesta en las consecuencias de sus actuaciones, de su desenfrenada ambición de poseer, olvidando que la Tierra no se posee, que es ella la que generosamente nos ha permitido vivir y reproducirnos, la que nos posee.

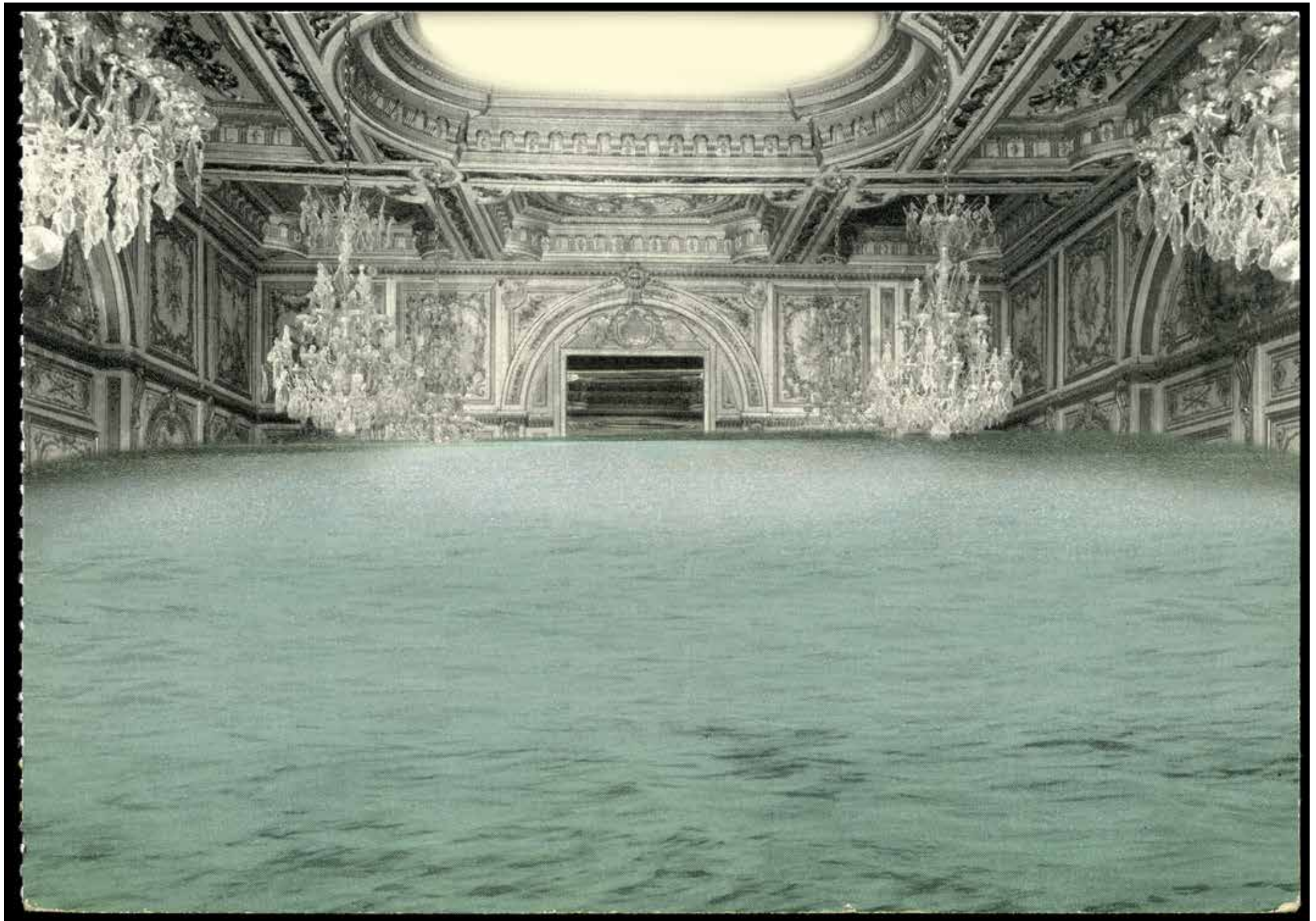
Como si fuera una alegoría que ofrece reunir el pasado con el presente para vislumbrar el futuro, la obra de Pablo Genovés superpone a postales antiguas, con imágenes de un exclusivo mundo cultural, fotografías tomadas de fenómenos naturales, los marinos en su mayor parte. Superposiciones producto de sutiles, apenas perceptibles, técnicas digitales. Podríamos decir que se trata de “collages 2.0”. Con ellos, demuestra que todavía son posibles obras que ninguna inteligencia artificial podría producir, por la sencilla razón que espontáneamente no las imaginaría. Esas máquinas inteligentes, que tanto temen muchos, podrán, ya lo hacen, aprender solas (IA generativa), derrotar a campeones de ajedrez o de go, demostrar conjeturas y teoremas matemáticos que han desafiado a las mejores mentes analíticas humanas, pero ¿cómo van a aprender cosas

desconocidas en sus eónicas bases de datos? “Crear” es una palabra polisémica, pero una de sus acepciones, la más inmediata, es hacer lo que antes nadie hizo. Y este es el territorio de Pablo Genovés. Podrán, tal vez, imitarlo, humanos o máquinas, pero nadie ni nada le podrá quitar el honor de haber abierto nuevas ventanas al arte, ventanas que sacan a la luz la grandeza y poder de la naturaleza.

Además de por sus collages 2.0, la obra de Genovés da nueva vida a la fotografía. Lo hace dando movimiento a lo estático, el territorio más común de la fotografía. Al igual que en la icónica fotografía de Robert Capa, “Muerte de un miliciano” (septiembre de 1936), las composiciones de Pablo Genovés nos hacen sentir como si las olas que aparecen en ellas estuvieran realmente en movimiento, como si las estatuas o bibliotecas se hundieran ante nuestros ojos, y no pudiéramos hacer nada por evitarlo.

Ha transcurrido aproximadamente siglo y medio desde que Eadweard Muybridge logrará recoger con fotografías el movimiento, de animales domésticos o salvajes, aves, o atletas. Pablo Genovés pertenece, y culmina, a esa estirpe, demostrando que todavía, independientemente de las virtudes del cine, la fotografía tiene todavía vida, tiene futuro.

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia
Miembro de la Real Academia Española



El Eterno Día, 2008

Metacrilato sobre C-Print Digital

87 x 122 cm

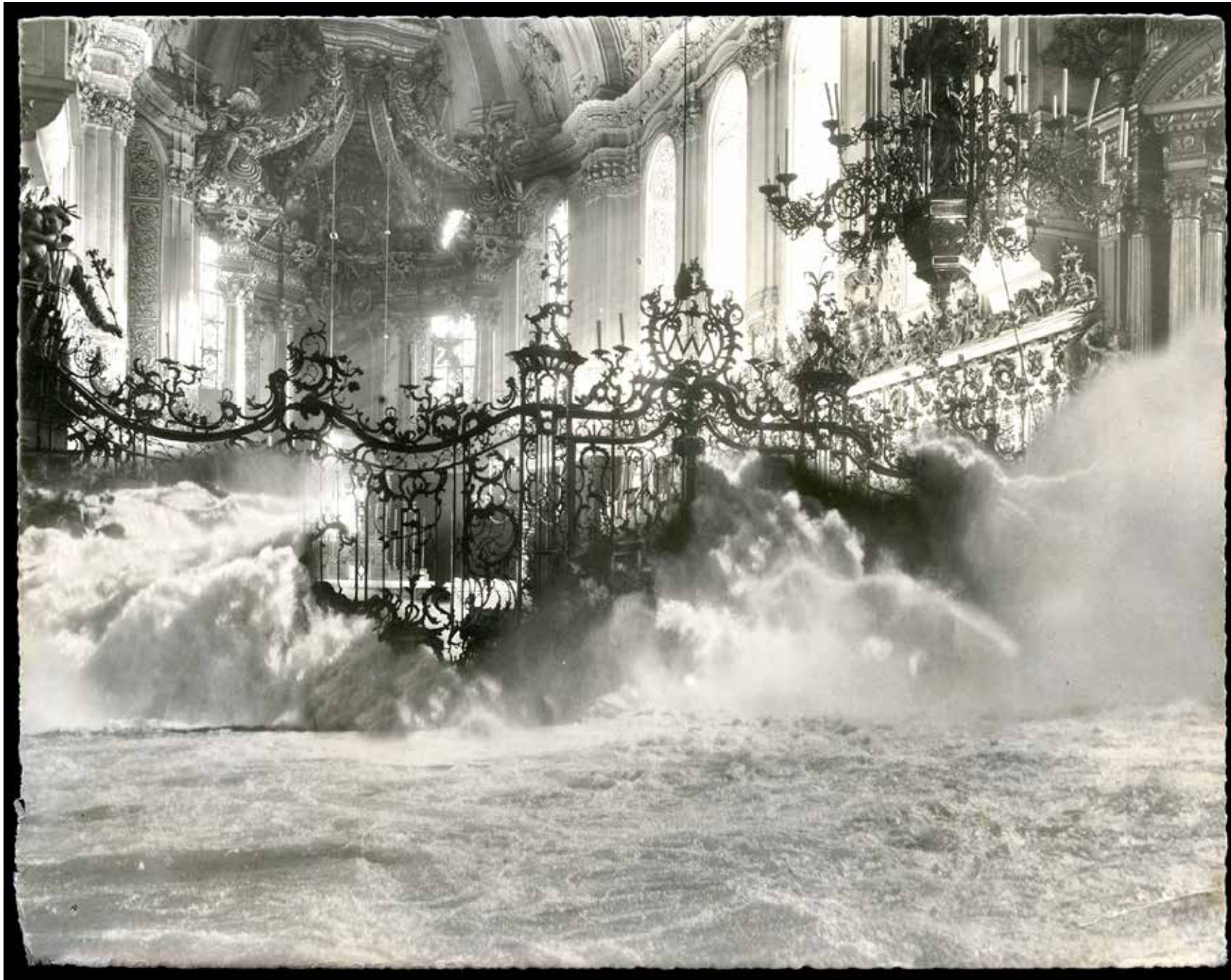
Edición: 3 +1 PA (Prueba de Artista)



Luna de espejos, 2008
Metacrilato sobre C-Print Digital
48,5 x 65 cm
Edición: 5 + 1 PA



Un Jour de Tempete, 2008
Metacrilato sobre C-Print Digital
50 x 65 cm
Edición: 5 + 1 PA



Bóreas Viento del Norte, 2009
Digigraphie sobre papel baritado
135 x 170 cm
Edición: 3 (agotada) +1 PA
Disponible la PA



Antesala, 2009
Metacrilato sobre C-Print Digital
65 x 51 cm
Edición: 5 (agotada) +1 PA
Disponible la PA



Das Gericht /El Juicio, 2010
Metacrilato sobre C-Print Digital
65 x 42 cm
Edición: 5 (agotada) +1 PA
Disponible la PA



El Palco/The Box, 2011
Digigraphie sobre papel baritado
65 x 42,6 cm
Edición: 5 +1 PA



Amanecer en la Cumbre, 2012
Digigraphie sobre papel baritado
59 x 65 cm
Edición: 5 +1 PA

Atracción del abismo, 2011
Digigraphie sobre papel baritado
160 x 168 cm
Edición: 5 + 1 PA



Barroco y Exterior, 2011
Digigraphie sobre papel baritado
145 x 160 cm
Edición: 3 + 1 PA





Tormenta Solar, 2011
Digigraphie sobre papel baritado
170 x 107 cm
Edición: 3 + 1 PA

Juicio Final, 2011

Digigraphie sobre papel baritado

170 x 160 cm

Edición: 3 (agotada) +1 PA

Disponible la PA





Ángeles Caídos, 2012

Digigraphie sobre papel baritado

131 x 122 cm

Edición: 5 (agotada) +1 PA

Disponible la PA

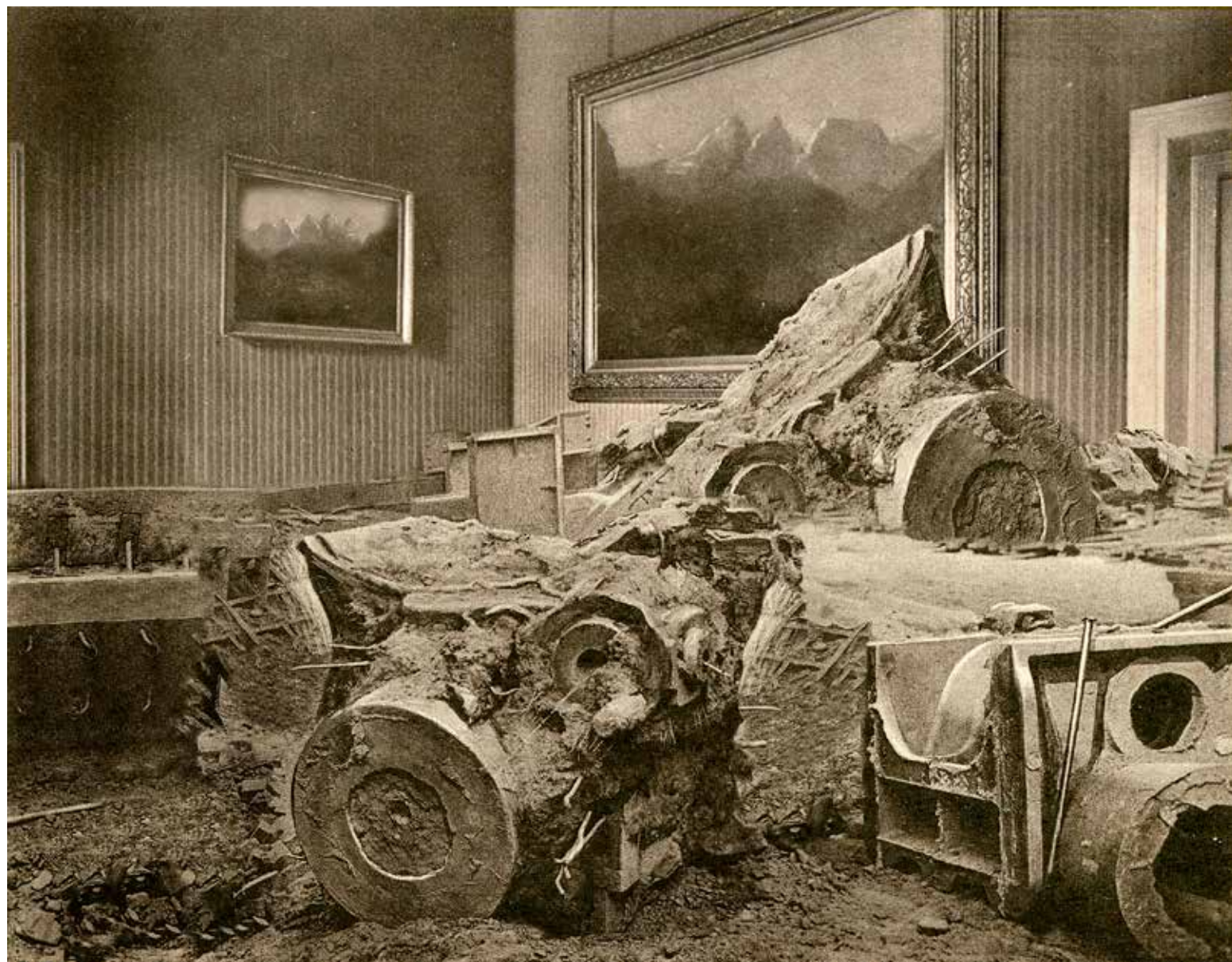


Sucesión de Utopías, 2012
Digigraphie sobre papel baritado
65 x 45 cm
Edición: 5 +1 PA



Umbral y Obediencia, 2012
Digigraphie sobre papel baritado
62 x 80 cm
Edición: 5 (agotada) +1 PA
Disponible la PA

Otras Cumbres, 2012
Digigraphie sobre papel baritado
95 x 122 cm
Edición: 3 + 1 PA



La Reconquista de lo visible, 2013
Digigraphie sobre papel baritado
89 x 122 cm
Edición: 8 (agotada) +1 PA
Disponible la PA





El olvido de los vencidos, 2013
Digigraphie sobre papel baritado
80 x 73 cm
Edición: 5 (agotada) +1 PA
Disponible la PA



El Encuentro, 2013
Digigraphie sobre papel baritado
65 x 52 cm
Edición: 8+1 PA

Heritage, 2013
Digigraphie sobre papel baritado
100 x 122 cm
Edición: 8 +1 PA





La Nube Dos, 2014

Digigraphie sobre papel baritado

180 x 136 cm

Edición: 5 +1 PA

Cambios Planetarios, 2014
Digigraphie sobre papel baritado
80 x 110 cm
Edición: 5 +1 PA

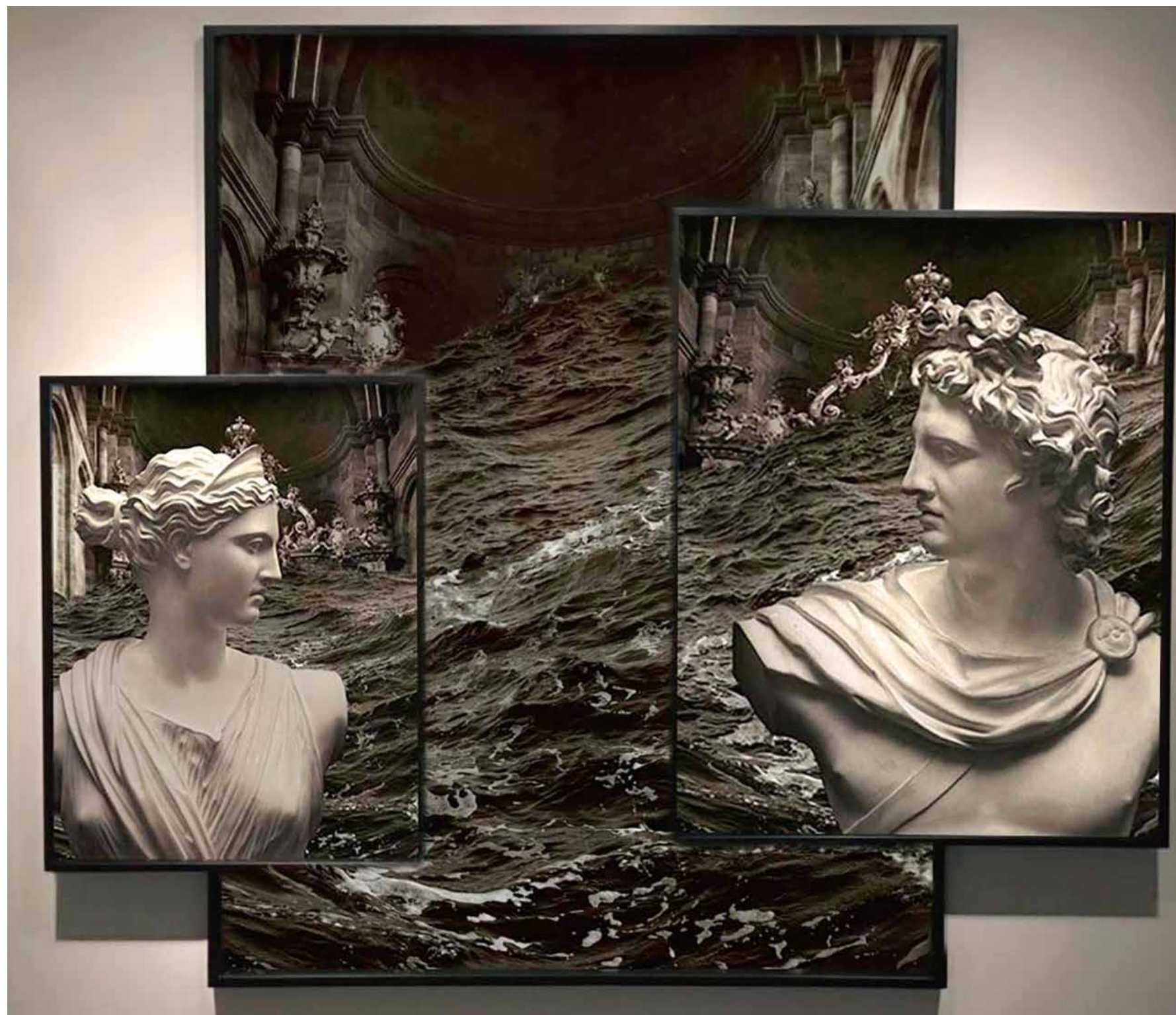


Temples, 2017

Digigraphie sobre papel baritado

220 x 180 cm

Edición: 4 + 1 PA



Nave, 2017
Digigraphie sobre papel baritado
172 x 160 cm
Edición: 3 + 1 PA





Towards the Great Unknown, 2017

Digigraphie sobre papel baritado

196 x 144 cm

Edición: 5 + 1 PA

Chandelier, 2017
Digigraphie sobre papel baritado
99 x 122 cm
Edición: 5 +1 PA





Ultra-romanticismo, 2017
Digigraphie sobre papel baritado
66 x 60 cm
Edición: 8 +1 PA



Estábamos quemando cuadros, 2019
Digigraphie sobre papel baritado
53 x 65 cm
Edición: 8 +1 PA

La línea del tiempo, 2019
Digigraphie sobre papel baritado
170 x 132 cm
Edición: 5 +1 PA





Fuerza 5, 2019
Digigraphie sobre papel baritado
76 x 80 cm
Edición: 8 +1 PA



Experiencia del Abismo, 2019
Digigraphie sobre papel baritado
60 x 47 cm
Edición: 8 +1 PA



Retrato de Pablo Genovés por Laura Torrado. 2024

Pablo Genovés

Madrid, 1959

Después de una primera etapa como fotógrafo publicitario, Pablo Genovés se forma en el Círculo de Bellas Artes de Madrid con Julio Leparc, Javier Vallhonrat y Calum Colvin, en el Photographer's Club, Camera Work Center of Photography, Camdem Arts Center de Londres y Art Students League de Nueva York.

Su trabajo ha formado parte de numerosas exposiciones, tanto individuales como colectivas, en el ámbito nacional e internacional. Entre las más recientes destacan: *Paisajes temporales* (2020), Galería Marlborough, Barcelona; *La unidad dividida por cero* (2019), Centro Niemeyer, Avilés, Asturias; *Tides* (2017), Catedral de San Pablo de Londres; *El ruido y la furia* (2014), Sala Canal Isabel II, Madrid; *Las mutaciones polifónicas* (2017), Museo Unión Fenosa, Coruña.

Ha expuesto en numerosas ferias como PhotoEspaña, Estampa, ARCO y Abu Dhabi Art Fair. Sus fotografías forman parte de algunas de las colecciones más importantes. Entre ellas destacan: Aperture Foundation, Fundación Coca-Cola, Banco Spirito Santo, Museo de la Solidaridad de Santiago de Chile, Colección Museo Patio Herreriano, CAC Málaga, CGAC, Colección Cuatro Cases, Colección de Fotografía Contemporánea de La Fábrica, Madrid, Colección Comunidad de Madrid, Colección Unión Fenosa.

Exposición

Galería Fernández-Braso

23 de enero - 22 de marzo, 2025

Catálogo

Edición: Galería Fernández-Braso

Texto: José Manuel Sánchez Ron

Imprenta: Gráficas IMTRO

Imágenes del catálogo: Pablo Genovés

Retratos: Laura Torrado

Galería Fernández-Braso

Calle Villanueva, 30 - 28001 Madrid

www.galeriafernandez-braso.com

Tlf.: + 34 91 575 98 17

Horario

Lunes-viernes: 10-13.45 / 17- 20.00 horas

Sábado: 11-13.45 horas